

EL SENTIDO DEL VOTO DE POBREZA DESDE NUESTRA REALIDAD

Por **HUMBERTO MURILLO LOPEZ, F.S.C.**

Seguir a Jesús en los pobres es adentrarse en su mundo con sus contradicciones y dolores, pero también es hacer nuestras sus esperanzas en la victoria final; en este seguimiento es determinante la experiencia de kénosis, que nos lleva a la experiencia pascual. El proyecto histórico de los pobres, de los abandonados, de los olvidados, no es de ninguna manera alternativo al seguimiento a Cristo; lo que está en juego en el seguimiento a los pobres es el seguimiento a Cristo; seguir a Jesús es hacer lo que El hizo: es decir transformar la historia de los hombres en una historia de fraternidad.

El signo concreto de nuestra consagración a Dios está expresado en la consagración a los pobres; las perspectivas que se nos abren desde la liberación de los pobres, nos facilitan descubrir el profundo sentido que la consagración a Dios tuvo en la historia de la Vida Religiosa, como es la de ser signo de los valores del Reino; de ahí que la opción por el proyecto de liberación da a los religiosos latinoamericanos su carácter de ruptura con la riqueza y el poder y una nueva alternativa histórica.

La visión crítica y social de la solidaridad con los pobres nos ha permitido descubrir algunas ingenuidades y a la vez buscar soluciones más realistas y prácticas; hoy se ha superado aquella comprensión de la fuga mundi que nos impedía una apertura a la realidad; hoy se trata de una visión social como transformación del mundo y de la historia; además, esta perspectiva abre a una alternativa histórica como es el proyecto de liberación donde los valores del Evangelio tienen una dimensión social que se había espiritualizado en una pastoral anterior.

Es cada vez más manifiesta la toma de conciencia de los pobres de este continente, de su vocación de ser agentes de cambio y

NOTA — Ultimo capítulo del trabajo de grado presentado para optar al título de Licenciado en Teología. - Medellín, Noviembre de 1985.

transformadores del mundo y de la historia; también los religiosos descubren que su vocación como consagrados al Señor, como seguidores de Cristo y como servidores de los hombres, especialmente de los más pobres, debe ser vivida en su vocación común con ellos de transformar a América Latina para aproximarla más a los valores del Reino ya que esto es la voluntad del Padre.

La solidaridad con los más necesitados nos desinstala, nos convierte en signos de contradicción, pero a la vez inaugura una nueva identidad en cada uno de nosotros y en la comunidad religiosa. De aquí en adelante nuestra identidad empieza a estar más ligada a la capacidad que tengamos de identificar al pobre, al necesitado, al oprimido de nuestro pueblo; nuestra identidad estará en consonancia también con los esfuerzos para ir haciendo nuestras sus aspiraciones, intereses y también sus logros.

1. Vida consagrada por los votos.

Los votos son una realidad que implica una doble vertiente: por una parte una donación generosa a Dios, y por otra el envío a los hombres; este envío tiene para el religioso latinoamericano una dimensión muy importante por la situación en que se vive. Los votos son una manera de expresar la inserción en el mundo, conservando siempre una distancia crítica, que de ninguna manera es una huida.

El voto de pobreza prefigura para la sociedad un nuevo modo de vivir con relación a los bienes. "... El hambre de Dios como desposeimiento pleno de sí mismo, aceptación gozosa de los bienes espirituales y libertad de los bienes terrenos" (1).

La pobreza es una manera de expresar el valor social de todos los bienes que llegaron a su grado de perfección en Cristo Jesús; a la vez que muestran, en el momento actual, y ante esta situación un aspecto de caducidad y un medio de opresión y explotación del hombre por el hombre. El símbolo concreto de estos bienes, es el dinero y nuestra pobreza debe ser tomar posición ante tal símbolo que es actualmente un elemento de poder y de opresión.

Otra dimensión que es importante del voto de pobreza y que versa sobre un aspecto necesario en la vida de los hombres es la posesión y uso de los bienes materiales; el hombre es un espíritu encarnado y por tanto necesita de lo material, incluso solo llega a ser hombre a través de lo material, pero la relación del hombre con las cosas, hace que éste se vaya configurando en una persona espiritual. Estos mismos bienes exigen que los hombres vayan a su vez organizando una determinada forma de relaciones sociales.

El voto de pobreza no se limita a una simple determinación jurídica, en consonancia con sus diversas normas y constituciones sobre cómo el religioso puede usar los bienes materiales; hoy, en virtud

del voto de pobreza y ante la agravante situación de pobreza, a los religiosos se les exige una vida de austeridad, que vivan de su trabajo, que compartan con la comunidad y con sus prójimos más necesitados los bienes que posean.

Los elementos que se han esbozado hasta ahora son importantes porque responden a las exigencias de la constitución humana del religioso y a los ideales cristianos; pero lo más profundo no está todavía ahí; lo más profundo está en la actitud de pobreza como ejercicio de la fe en Dios. Es una actitud típicamente cristiana y significa la revelación de Dios en favor de los pobres, del Dios que oye el clamor de los oprimidos.

La consagración al Señor por el voto de pobreza debe relacionar al religioso con los pobres, lo cual puede realizarse de varias maneras: como una ayuda eficaz para cambiar su mundo, como un despojarse en favor de ellos, como una inserción real en su mundo, defendiendo su causa, corriendo su misma suerte y destino, etc. Será esta relación con los pobres la que irá configurando al religioso al desencadenar diversos rasgos de pobreza como sería suprimir muchas necesidades superfluas que se han creado, comprometerse en un apostolado que sea verificable para ellos con una finalidad muy manifiesta, además que el dinero de las congregaciones religiosas tenga como fin el apostolado y no acumulación capitalista.

La pobreza nos da una gran libertad que nos facilita tomar decisiones y asumir una comunión más clara con los pobres, en nuestros apostolados y obras, sin tener que estar defendiendo las propiedades; esta libertad se traduce en hechos concretos que por sí mismos se convierten en una crítica de la injusticia estructural y en un anticipo del Reino.

El religioso que hoy emite un voto de pobreza debe expresar que quiere correr la suerte del pobre asumiendo su causa, esto es lo que hoy se entendería como la auténtica pobreza de Espíritu, lo cual es la total apertura a Dios, pero al Dios de Jesús cuya mediación es el pobre.

La apertura a Dios sólo la posibilitan los pobres, comenzando por Jesús pobre. hasta los pobres de hoy; sólo el pobre es aquella realidad creada que nos puede convertir, para ir adquiriendo esa óptica de pobre, aunque muchas veces no se tenga toda la pobreza ya que tenemos algunos elementos culturales, sociales que no siempre nos permiten sentirnos y hacernos pobres como los pobres.

Cada comunidad religiosa presenta algunos matices en cuanto a su voto de pobreza, ya porque se viva con mayor austeridad, ya por la disposición de bienes con permiso, ya por la utilización de bienes con miras únicamente al apostolado, ya poseyendo todo en común etc. pero lo que no puede perderse de vista hoy, de ninguna manera,

es declararse solidario y de manera efectiva con la causa de los pobres, esto debe ser lo central en toda congregación religiosa, pues es la novedad que presenta para el mundo entero la vida religiosa en América Latina.

2. Sentido profético de la vida religiosa.

Para hablar del papel de la Vida Religiosa se ha hecho corriente utilizar categorías bíblicas, así se habla por ejemplo del signo profético de la Vida Religiosa. Es conveniente analizar la misión profética de la Vida Religiosa: se refiere fundamentalmente a la iniciativa del Espíritu que suscita hombres que den ante sus hermanos testimonio de la realidad actuante del Señor en su vida, por eso se dice que los religiosos son hombres de espíritu.

Los religiosos deben mostrar con su actitud profética que el papel del cristiano no termina con su trabajo por transformar el mundo, es más, debe mostrar que ahí no termina esa búsqueda, que siempre hay algo más que es necesario encontrar; enseña el religioso que el mundo no es todo, ya que en el hombre está la tendencia a auto-satisfacerse que contradice el Evangelio, y puede comprometerse tanto con el progreso material que puede perder su horizonte como es la búsqueda del Dios de Jesucristo.

El Antiguo Testamento nos presenta muchos profetas que anuncian el Reino de Dios cada vez que el pueblo israelita perdía la perspectiva de lo fundamental; cada vez que el pueblo rompía la alianza con Yahvé. Esa debe ser la misión del religioso, mostrar que hay otros valores más trascendentales, que no podemos relativizar lo absoluto, ni absolutizar lo relativo.

En el Nuevo Testamento el primero que se nos presenta con poder profético es Jesús y así lo comprendió la comunidad primitiva pascual; Jesús comparte su poder profético con otros, viene a dar cumplimiento a la ley y los profetas y este cumplimiento no consiste en llevar a la práctica unos ritos y prescripciones legales; su cumplimiento está en el amor; lo que ustedes quieren que hagan con ustedes, háganlo ustedes con ellos.

Jesús considera que su poder profético y su mensaje se cumple en el amor fraterno. Este amor no puede ser unilateral, y por consiguiente solo puede ser perfecto en la comunidad cristiana. Así fue como lo comprendió y lo practicó la Iglesia en los comienzos. La Vida Religiosa se funda en esta convicción. Los religiosos se lanzan a esta experiencia radical y la ejercen de manera profética para el pueblo de Dios y para la humanidad entera convirtiéndose así en una de las expresiones más nítidas del designio de Dios sobre el mundo y la historia.

Por su carácter profético el religioso se convierte en defensor del hombre en Jesucristo, de ahí que el testimonio de absoluto, es

también un testimonio de humanidad. Por lo mismo el voto de pobreza no es simplemente voto de desprendimiento y de despojo, sino de amor radical, hasta el desprendimiento por amor; por eso los votos de un religioso cristiano son opción por el Absoluto mediante el amor del hombre en el hombre Jesús, Hijo de Dios.

En un mundo en que el amor está siendo vaciado en su plenitud, donde la desunión acrecienta distancias por doquier y el placer se erige en ídolo los que pertenecen a Dios en Cristo por la castidad consagrada, deberán ser testimonio de la alianza liberadora de Dios con el hombre. En la Iglesia particular los religiosos serán presencia del amor, del amor con que Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella.

Los religiosos deberán ser para todos los hombres un signo luminoso de la liberación escatológica vivida en la entrega a Dios y en la nueva y universal solidaridad con los hombres; el religioso mostrará por su vivencia que la consumación seguirá su cauce, pero que tendrá su cumplimiento.

La vocación profética no es una decisión humana, es ante todo una iniciativa divina. En el pueblo de Israel se dieron los profetas que llamaban de corte o cortesanos; éstos decían lo que el rey quería que se dijera, pero los verdaderos profetas no pertenecen a ninguna institución, es una iniciativa divina, por eso el profeta queda en una absoluta libertad e independencia respecto de todas las seguridades, que ofrece el mundo para depender sólo de Dios y de su Palabra.

Jesús interpela e invita en nombre del Padre y a la vez quiere que sus discípulos hagan lo mismo, que sigan su misma vocación de convocar a los hombres para la vivencia en el amor; con su actitud los religiosos deben convencer a los hombres en nombre de Dios de que este estilo de vida realiza totalmente al hombre o a la mujer. La vida religiosa auténticamente vivida es la propuesta a la humanidad de vivir en el amor a pesar de encontrarse sumergida en un mundo de injusticia y de desamor; de ahí la importancia que las comunidades religiosas sean la transparencia de ese amor que debe impregnar todas las realidades humanas.

Jesucristo es la palabra auténtica de Dios, es la palabra escatológica, definitiva. Jesucristo es el último mensajero de Dios; de la misma manera los religiosos deben ser los hombres que actualizan creativamente el Evangelio, están llamados a ejercer el ministerio profético manteniendo la vigencia de la Palabra que es Cristo mediante la vida y la acción, mediante el testimonio y la predicación. En América Latina donde se viven grandes contradicciones y desequilibrios sociales, los religiosos están llamados a ser profetas de la autenticidad y la justicia y el amor.

Los profetas proclaman que sólo defendiendo el derecho absoluto del Señor así se salvaguardan los derechos humanos, ya que el Señor es el Dios de la vida y de la liberación; los profetas se enfrentan contra quienes desean desnaturalizar la alianza o sea convertirla en una seguridad fácil que garantiza la salvación mediante el cumplimiento de leyes sin necesidad de justicia, por eso critican a aquellos que quieren convertir el culto en un mecanismo para calmar la ira de Dios sin tener que convertirse de las faltas a la justicia contra los hombres.

Para Jesucristo la genuina defensa de los derechos del hombre, está en la total conversión a Dios en el amor. El denunció los abusos de los poderosos; la predicación de la Palabra divina será la solución, para que se transforme el corazón de cada hombre y se dé una nueva alianza para que se cree el hombre nuevo transformado en Jesucristo, capaz de romper con las antiguas leyes que lo esclavizaban.

Los religiosos deben ser hoy los promotores de la máxima dignidad humana, en la verdad, en la fraternidad, en el amor, como perspectiva para toda la humanidad. Este propósito implica solidaridad con la causa de los pobres y con su liberación; de aquí la importancia de estar presentes en los lugares más abandonados donde se conculcan los derechos humanos, donde se sufre la injusticia y donde se niega la dignidad de la persona y todo esto se mantiene en el silencio ya que se les niega la palabra; por eso los religiosos deben ser voz de los que no tienen voz, ser conciencia y compromiso.

Los religiosos mediante una opción clara por la fraternidad, por la verdad en el amor, por la justicia y el respeto a la persona, están llamados a ser los grandes promotores de estos valores en la Iglesia y en la sociedad actual. Que sean los testigos de los valores evangélicos en medio de esta historia conflictiva de los hombres, y los promotores de la encarnación de los valores de Jesucristo en la historia actual.

Los religiosos desde su opción profética deben ser los testimonios vivos de la esperanza, del optimismo y la alegría; deben testimoniar los valores cristianos y la certeza del triunfo definitivo en Cristo resucitado. En definitiva este es el mensaje que el mundo espera de los que optan por seguir al Señor de manera más radical.

La Vida Religiosa debe demostrar la seguridad escatológica del triunfo definitivo en el Señor Jesús dueño de la historia del mundo.

Los religiosos deben ser profetas de la cruz y de la oración. El hombre de hoy creyó que su salvación estaba en el poder y en el dominio, pero Jesús busca el camino de la cruz que es en definitiva el camino del amor. Hay que ir muriendo para que otros nazcan. Jesús al obedecer al Padre acepta sin reticencias la cruz logrando así vencer a la muerte y haciendo triunfar el amor; este es el camino que

deben recorrer los religiosos, hombres de Dios, que aceptan la cruz como una forma de hacer triunfar el amor.

Al igual que el siervo sufriente del segundo Isaías, así deben ser los religiosos, renunciar al camino del poder, de la ambición, del prestigio, de la fuerza, del dinero, etc. para hacer triunfar el amor, la humildad, la renuncia gozosa; sólo así los religiosos son profetas de la cruz salvadora de Cristo, por eso pueden ser los profetas del triunfo, del optimismo y de la alegría.

3. La Vida Religiosa promueve la justicia.

Puebla nos recuerda que en la Conferencia de Medellín se trató la realidad de injusticia que sacudía nuestro continente cristiano; desafortunadamente en el intermedio de estas dos Conferencias las cosas se han ido empeorando hasta decir que ya no se vive en situación de pobreza, sino de miseria.

"... Nuestros hermanos latinoamericanos carecen de los más elementales bienes materiales en contraste con la acumulación de riqueza en manos de una minoría, muchas veces a costa de la pobreza de muchos. Los pobres no sólo carecen de bienes materiales, sino también en el plano de la dignidad humana carecen de una plena participación social y política. En esta categoría se encuentran principalmente nuestros indígenas, campesinos, obreros, marginados de la ciudad muy en especial la mujer de estos sectores sociales, por su condición doblemente oprimida y marginada" (2).

El compromiso de los religiosos con los marginados del sistema imperante, debe ir acompañado de un gran realismo y de una gran capacidad de abnegación y de sacrificio pues no es por un querer humano que se opta por el pobre, es sobre todo por un compromiso que parte desde Jesús; podemos ver claramente las tareas que corresponden en esta área a la Vida Religiosa, pero también se encontrarán las dificultades inherentes a este nuevo estilo de vida, ya por parte de nosotros mismos, ya de nuestra misma congregación, ya del orden establecido.

El sistema actual dominante que crea estas desigualdades y a la vez un deseo vehemente de liberación, es en este momento lo suficientemente fuerte como para perpetuarse prolongando su vida y equilibrando sus contradicciones internas, de aquí que se deba entender que la liberación es fruto de un proceso lento y doloroso, por eso el religioso deberá esperar contra toda esperanza y contra la sed de inmediatez; deberá trabajar con mucha libertad interior dentro de un sistema marcado todavía por el régimen de opresión; tal vez no le tocará ver crecer la semilla y menos quizá recoger los frutos. Es importante contemplar el trabajo liberador dentro de una perspectiva de esperanza que subsista a pesar de no palpar el éxito amando lo que aún está en germen.

El religioso no se dejará llevar por una experiencia sensible e inmediata; luchará contra todos los instalamientos y colaboraciones que obstaculizan el mensaje evangélico, se penetrará de una esperanza que no encuentra verificación en el presente y creará en un futuro mejor que vendrá después de nosotros, más aproximado a la realidad del Reino; llevará el dolor y la incompreensión imitando a Jesús como siervo sufriente y varón de dolores y actualizará la cruz de Nuestro Señor Jesús en nuestro continente latinoamericano.

El dolor y la cruz asumidos con amor desatan fuerzas liberadoras para el compromiso con los más pobres y los olvidados de la tierra. La fortaleza con el Señor resucitado presente y victorioso infunde valor para no temer la persecución, la calumnia, las torturas, hasta la muerte. El religioso aun dentro de una situación global marcadamente injusta y opresora será para sí mismo un liberado y, a la vez, un liberador de sus hermanos.

El Señor que fue el goel, el liberador de todos los destierros del pueblo de Israel necesita de instrumentos por medio de los cuales mediatice y haga presente su liberación en medio de este mundo. Será por eso el religioso sacramento liberador y signo del Señor que nos prometió". "Tened ánimo, levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra liberación" (Lc. 21,28).

Los Documentos de la Iglesia expresados en Puebla hablan de liberación en un nivel histórico y práctico e invita a que todos los pastores defiendan a los débiles y proclamen la liberación.

"... Como pastores peregrinos con el pueblo latinoamericano a través de nuestra historia... A partir del Evangelio que nos presenta Jesucristo haciendo el bien y amando a todos sin distinción (Act. 10,38) con visión de fe, nos ubicamos en la realidad del hombre latinoamericano, expresada en sus esperanzas, sus logros y frustraciones. Esta fe nos impulsa a discernir las interpelaciones de Dios en los signos de los tiempos, a dar testimonio, a anunciar todo lo que en nuestra sociedad va contra la filiación que tiene su origen en Dios Padre y contra la fraternidad en Cristo Jesús... La Iglesia... se ha esforzado por llamar a una continua conversión individual y social. Pide a todos los cristianos que colaboren en el cambio de las estructuras injustas, comuniquen valores cristianos a la cultura global en que viven" (3).

En los Documentos del Episcopado se expresa con frecuencia la importancia de la denuncia social, porque la injusticia social es la constante en los países de América Latina y en las relaciones internacionales, y nos urgen a cumplir con el deber de denunciar en nuestras situaciones y coyunturas más particulares. Los obispos trazan los valores fundamentales y nos dan las pistas para construir una sociedad nueva para que como religiosos trabajemos solidariamente con nuestros pueblos para crear la civilización del amor que es el mandato del Señor: "Amaos unos a otros".

4. Denunciar el pecado social.

En toda la historia bíblica, la denuncia del pecado social ha sido una constante muy acentuada de la Palabra de Dios. No calla la infidelidad del mismo pueblo como una ruptura con el Dios fiel que lo invita a su alianza. El pueblo después de su liberación de Egipto y después de haber sellado la alianza con Yahvé se aparta continuamente de su liberador y restaura situaciones de opresión en su propia convivencia social y a esta idolatría es a la que se refieren continuamente los profetas y el propio Jesús; éstos son los verdaderos pecados mortales porque arrancan al hombre de su Padre Dios y de sus hermanos los hombres.

Cuando los profetas hablan del pecado personal no se refieren a la transgresión legalista y mancha externa, sino como decisión y actitud que brota de lo profundo del corazón de cada hombre; al mismo tiempo que denuncian con claridad el pecado social como institucionalización del pecado en actitudes y hábitos colectivos en los parámetros y mecanismos estructurales de la sociedad.

Al llegar Jesús anuncia y realiza con su vida la llegada del reino, pero no puede ignorar que ese reino llega a un mundo donde impera la injusticia, la codicia, la idolatría de grupos bien determinados. La proclamación de la buena nueva de Jesús es para todo hombre, no importa su estado actual, pues todos necesitan ser liberados de una opresión radical, todo hombre es pecador y por tanto necesita convertirse. Jesús identifica y denuncia con claridad el pecado en los grupos dominantes que oprimen a los más desvalidos como son los huérfanos y las viudas, corrompiendo la imagen de Dios en la sociedad de su tiempo.

La denuncia que hace Jesús es pública, ya que el Reino de Dios es público; anuncia y denuncia el pecado social como aquello que se opone al Reino manifestado en las instituciones de la sociedad. Eso mismo le corresponde hoy a la Vida Religiosa, denunciar el pecado social, no obstante que si se hace no se va a tener la aprobación de los poderes de este mundo, por el contrario se aplicará el Evangelio cuando dice: "Bienaventurados serán cuando, por causa mía, los insulten los persigan y digan toda clase de calumnia contra ustedes..." y luego: "Ay cuando todos los hombres digan palabras de alabanza, porque así trataron a los falsos profetas" (Lc. 6,24; Lc. 6,26).

En esta misma línea la misión de la Vida Religiosa en América Latina enfrentada a una situación tan marcada por el materialismo, con su pobreza injusta y con la opresión de las mayorías, debe al igual que Jesús y los profetas, anunciar los valores del Reino señalando el contraste con el pecado social, en sus formas institucionalizadas en nuestro medio.

Los religiosos deben denunciar como idolatría e injusticia, los valores e ideologías, los poderes y estructuras sociales que atentan

contra la vida, y la dignidad de todos los hombres y pueblos; para que se construya una sociedad fraterna y justa, así que no es solamente el anuncio lo que le compete al religioso, debe también denunciar todo lo que se opone al plan del Padre que es la construcción de su reino.

Esta situación de despojo y explotación no constituye para nosotros un fenómeno marginal o casual, es una situación estructural que afecta la gran mayoría de los habitantes de este continente siendo el producto obligatorio de las estructuras económicas, sociales y políticas reinantes, ya que están saturadas de egoísmo y materialismo, de violencia y de crueldad; se trata por tanto de construir una nueva sociedad y de construirla a partir de las experiencias culturales y de las prácticas liberadoras de las mismas mayorías creyentes y oprimidas de nuestro pueblo.

“... La misión de la Iglesia en medio de conflictos que amenazan al género humano y al continente latinoamericano, frente a los atropellos contra la justicia y la libertad, frente a la injusticia institucionalizada de regímenes que se inspiran en ideologías opuestas y frente a la violencia terrorista, es inmensa y más que nunca necesaria. Para cumplir esta misión, se requiere la acción de la Iglesia, pastores, ministros consagrados, religiosos, laicos. Cada cual en su misión propia. Unos y otros, unidos a Cristo en la oración, la abnegación, se comprometerán sin odios, ni violencias, en el logro de una sociedad más justa, libre y pacífica, anhelo de los pueblos de América Latina y fruto indispensable de una evangelización liberadora” (4).

Se trata de establecer una convivencia humana, digna y fraterna, de construir una sociedad justa y libre como proyección en la sociedad universal para establecer relaciones mundiales equitativas y justas, a partir de los pequeños logros que va adquiriendo el pobre con su organización. La Vida Religiosa debe construir esta humanidad solidaria, descubrir y fecundizar sus raíces de fe, esos valores fundamentales de justicia, libertad y solidaridad. En síntesis es lo que Puebla denomina la civilización del amor.

Las pautas de esa convivencia humana que se quiere cimentar deben ser en primer lugar que estén inspiradas en la Palabra y en la vida de Jesucristo, destacando los valores de su vida sencilla, compartiendo los bienes, entregada al servicio de los otros; que parta de los valores gratuitos de la amistad y la contemplación; estos valores si los confrontamos vemos que se oponen radicalmente con los valores que nos propone la sociedad de consumo y de egoísmo.

Un segundo elemento de esta sociedad nueva será la igualdad de todos a partir de la dignidad de personas, donde las relaciones sean de verdad, de igualdad, de justicia y de amor; sería una nueva vida, que estaría en contraste con la dolorosa realidad de injusticia, de desequilibrio económico y con las acciones opresivas y violatorias

de los derechos humanos que demuestran un radical desconocimiento de la dignidad de la persona y un olvido de los principios elementales de la caridad cristiana. "... Hoy la Iglesia subraya mejor el valor evangélico de la pobreza que nos hace disponibles para construir un mundo más justo y más fraterno. Siente vivamente la situación penosa de los desposeídos de lo necesario para una vida digna. Invita a todos a transformar su mente y sus corazones, según la escala de valores del Evangelio. La Iglesia confía más en la fuerza de la verdad y en la educación para la libertad y la responsabilidad que en prohibiciones, pues su ley es el amor. Para que los pueblos latinoamericanos puedan cumplir la misión que les asigna la historia como pueblos jóvenes, ricos en tradiciones y cultura necesitan de un orden político respetuoso de la dignidad del hombre, que asegure la concordia y la paz interior de la comunidad civil y en sus relaciones con las demás comunidades" (5).

Se trataría de una convivencia humana que se defina por una justa interacción de todos los hombres, de todos los grupos humanos y de todos los pueblos; ampliando la fraternidad tanto a nivel de cada país, como a nivel de América Latina y de todo el mundo, lo cual implicaría estar en oposición con el individualismo, el clasismo explotador, el nacionalismo cerrado y el neocolonialismo explotador imperantes; es importante recalcar el valor fundamental de solidaridad humana y la convivencia universal.

"... La Iglesia de América Latina se propone reanudar con renovado vigor la evangelización de la cultura de nuestros pueblos y de los diversos grupos étnicos, para que germine o sea reavivada la fe evangélica y para que ésta como base de comunión se proyecte hacia formas de integración justa en los cuadros respectivos de una nacionalidad, de una patria latinoamericana y de una integración universal que permita a nuestros pueblos el desarrollo de su propia cultura, capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos" (6).

En América Latina ha ido tomando importancia la evangelización de la política, mostrando la nobleza de la acción política como servicio y la conducción ordenada de la sociedad humana y a la vez enseñando que la política es un derecho y una responsabilidad que concierne a todo hombre, a todo grupo humano y por tanto a todo cristiano y a la Iglesia misma; más aún por su mensaje y contenido de la justicia social cristiana la responsabilidad concierne, de un modo especial a los cristianos y a la Iglesia misma.

La responsabilidad política de la Iglesia es todavía más importante en América Latina donde los regímenes de fuerza monopolizan el poder político e ideológico; con los grupos sociales que se apoyan en ellos, en más de un lugar pretenden hacerse pasar por apolíticos para poder perseguir toda alternativa política disidente.

Dentro de esta realidad que le corresponde vivir a la Vida Religiosa, es de capital importancia clarificar cuál es el papel que le corresponde para no caer en excesos participando por ejemplo en política partidista; pero también es importante no pecar por defecto, y así por temor a que se les tilde de estar politizados ideológicamente no se cumpla con esa responsabilidad irrenunciable de evangelizar lo político. "... La Iglesia como madre y maestra, experta en humanidad, debe discernir e iluminar, desde el Evangelio y su enseñanza social, las situaciones, los sistemas, las ideologías y la vida política del continente. Debe hacerlo aun sabiendo que se intenta instrumentalizar su mensaje" (7).

Para la Vida Religiosa es muy importante mantener su independencia respecto al poder político, lo mismo que de las instancias partidarias, de la lucha política e ideológica. Le corresponde sí la evangelización de lo político de tal forma que pueda denunciar el pecado social del orden establecido y también urgir a todos para que se de una convivencia social justa y fraterna.

La realidad de América Latina con todas sus situaciones de injusticia institucionalizada, es un llamado para discernir el querer del Señor en el hoy de esta historia; y urge a los religiosos dar respuestas claras y orientaciones precisas que orienten al pueblo en su responsabilidad social y en la construcción de una nueva sociedad como anticipo del Reino de Dios.

Debe quedar muy claro que es un deber de la Vida Religiosa el denunciar la injusticia, donde ésta aparezca, ya sea en la sociedad, en la Iglesia, en la misma congregación y a la vez anunciar los valores del Reino que se oponen a los valores presentados por la sociedad, aun cuando esto nos traiga dificultades y persecuciones; también tenemos que orientar a las personas que nos corresponde evangelizar, como una responsabilidad política donde los derechos y deberes conciernen a todos sin distinción.

Urge estar abiertos al mundo que nos rodea, no podemos formar de espaldas a la realidad, esto es una situación de pecado no descubrir los signos de los tiempos, por donde pasa la acción del Señor en el hoy de nuestra América Latina, continente llamado a adquirir su mayoría de edad en el proceso de su liberación de todo aquello que le impide ser verdaderamente libre con la libertad de los hijos de Dios.

3.5. Movimiento de inserción hacia el mundo de los pobres.

La presencia masiva del mundo de los pobres ha despertado la conciencia de los religiosos, ya que se ha descubierto que los pobres son empobrecidos, como resultado de una realidad social estructuralmente injusta, lo que hace que la vida religiosa se encuentre ante una

existencia desgarrada y cuestionadora; esto ha sacudido fuertemente todas las estructuras de la Vida Religiosa.

Esta toma de conciencia ha ido tomando cuerpo en proyectos de grupos de religiosos que han optado definitivamente por los pobres ya que han percibido la realidad social como desafío y exigencia de fidelidad al Evangelio. De ahí vino para los religiosos el éxodo físico y geográfico, ya como salida en dirección hacia los pobres, es decir hacia los grandes grupos periféricos en lo económico, cultural y geográfico de la realidad social; en segundo lugar ha sido como un despojarse de una visión de la sociedad y de la historia para asumir e identificarse con el mundo de los empobrecidos de nuestro pueblo, y finalmente ha implicado un éxodo espiritual de purificación, descenramiento que no podría de ninguna manera dejar de afectar la propia identidad cristiana y religiosa.

En este momento, después de algunos titubeos y ensayos de buen número de religiosos la inserción no es cuestión de discusión de ensayo o aventura fugaz; sino que ya es un estilo de vida en el que se configuran paulatinamente nuevas formas de radicalidad evangélica; en la inserción ya no se llevan respuestas preestablecidas para solucionar la problemática que presente la realidad; no, se aceptan los cuestionamientos que surjan a medida que progresa la inserción y el compromiso con el medio.

Otra constatación es que no es fácil evangelizar a los ricos cuando se ocupa en la estructura social un lugar al lado de ellos; el poder daña el corazón y lo endurece para dejarnos interpelar por el Evangelio; la evangelización es posible cuando se ha cambiado de lugar social y desde allí se vive con corazón de pobre; los medios poderosos necesitan del poder y convierten a este en un fin en sí mismo, mas que en un medio de servicio y ayuda a los necesitados.

El Evangelio se presenta bajo el rostro de interés, de poder, de dominio, lo cual impide la unión de los hombres y compromete la fraternidad; en cambio situándose en el lugar del pobre, viviendo para el pobre, con el pobre y como el pobre, la Vida Religiosa podrá hablar al rico recordándole continuamente cuál es la función de la riqueza o sea estar al servicio de los necesitados. La pobreza debe llevar a la solidaridad con el pobre, viendo en éste el lugar privilegiado de la presencia del Señor.

La realidad de la inserción es un hecho que se está dando en la Vida Religiosa y afectará las estructuras de la misma; por eso importa discernir las motivaciones para no hacer una inserción como fruto del capricho, o como una huida ante las dificultades comunitarias; la inserción no se hace por defecto, sino por exceso en la entrega, en el seguimiento a Jesús; también es importante tener muy claros los objetivos que se quieren lograr, lo mismo que una preparación antropológica, conocimientos de religiosidad popular y evangelización.

Se hace necesario ir adquiriendo una espiritualidad y una teología de la inserción, con una buena fundamentación cristológica, donde prime pastoralmente lo antropológico sobre lo eclesial, lo utópico sobre lo factual, lo crítico sobre lo dogmático, lo social sobre lo personal y la ortopraxis sobre la ortodoxia. No es un desconocer una de las partes mencionadas en cada bien anterior, sino simplemente un énfasis ante la realidad que se vive en la realidad continental.

La eclesiología debe tener unos delineamientos de tal forma que sean de verdad fuente de oración y de referencia sobre la opción pastoral, por eso hay que tener la comprensión de una Iglesia pueblo de Dios, Iglesia de los pobres y de los débiles, Iglesia de los despojados, Iglesia de los laicos, de la koinonía, Iglesia toda ella ministerial, Iglesia de la diáspora, de la liberación, que sacramentaliza los actos concretos de liberación, Iglesia que prolonga la gran tradición, en comunión con la gran Iglesia construye la unidad a partir de la misión liberadora, Iglesia como nueva concreción de su catolicidad, Iglesia toda ella apostólica, Iglesia que realiza un nuevo estilo de santidad.

La Vida Religiosa también debe entenderse en una nueva dimensión que responda a esta nueva etapa de su peregrinar con el pueblo de Dios; por tanto debe ser una Vida Religiosa encarnada y concebida dentro de una nueva situación, Vida Religiosa dentro de la vida, Vida Religiosa presente en el proceso de liberación, entendida a partir de su envío misional y profético; Vida Religiosa que anuncia y vive la salvación y la presencia de Cristo liberador.

Los votos deben ser concebidos dentro de este mundo de la inserción como formas de servir más libremente a nuestros hermanos más necesitados; los votos se convierten en formas de denunciar los ídolos del sistema. Deben ser entendidos y vividos como oblación y gratuidad para que puedan proclamar el amor a los hombres especialmente a los necesitados; en síntesis, los votos deben ser una posibilidad de inaugurar relaciones diferentes y hacer posible y real el Reino de Dios.

El voto de pobreza hay que entenderlo como un compartir solidario del destino de los más pobres de nuestro pueblo, un tomar parte en su proyecto, un entrar en el proceso de muerte y resurrección y una forma de presentar el verdadero rostro de Dios.

El celibato hay que entenderlo como expresión de amor radical por los más necesitados de nuestros hermanos, pero amor concreto en obras; es hacer más explícito el amor de Yahvé a su pueblo al igual que la antigua alianza que fue un exceso de amor del Dios fiel, y finalmente un amor tan radical y oblativo, que lleve a dar la vida como la dió Jesús.

La obediencia también debe tener su comprensión dentro de esta nueva etapa de la Vida Religiosa como una participación en la

cruz del Señor; compartiendo los sufrimientos y penas de los pobres ya que allí se expresaría la voluntad del Padre manifestada en las necesidades del pueblo.

Tiene una importancia capital la vida de oración dentro de esta nueva situación, pues, sería desfasado continuar con una espiritualidad tradicional, cuando la vida y los sufrimientos del pueblo van por otro lado; la oración debe estar en consonancia con este nuevo estado de Vida Religiosa; debe ser por tanto una oración que no necesite seguir los ritmos temporales que en un estilo de vida tradicional es fácil llevarla ya que nada se opone a ello. Tampoco puede seguir los ritmos humanos, debe contemplar las grandezas de Dios que obra aún en los momentos más oscuros para el pueblo de Israel; una oración que nace fundamentalmente de la vida, de la Palabra de Dios; que considera al Señor como dueño de la historia y celebra los acontecimientos liberadores al igual que lo hacían los israelitas en el peregrinar de su vida itinerante.

Esta radicalidad de la inserción nos está mostrando que estamos ante nuevas formas de radicalidad evangélica, es decir que tenemos que reconocer que el vino nuevo estropea los odres viejos y que lo que está aconteciendo hoy a la Vida Religiosa no se puede reducir a lo ya pasado dentro de las categorías tradicionales; hay que estar abiertos a la novedad siempre creciente del Evangelio que nos invita a comprender la Vida Religiosa desde la misión, sin que se vaya a confundir con la tarea, pues, ésta es provisoria y la misión es permanente. Pensar a partir de la misión cómo recuperar la flexibilidad de las estructuras y recuperar de nuevo la libertad del Evangelio.

Esta libertad es la que permite recrear a todos los elementos que son importantes en la vida religiosa, como consagración, votos, oración; no se trata de inventar otra Vida Religiosa, sino de vivir de otra forma la misma Vida Religiosa, de la forma que se vive hoy.

La Vida Religiosa hay que comprenderla como una continuidad en las rupturas históricas, ya que esta nueva dimensión aparece como una ruptura con la tradición, dentro de un movimiento que se ve irreversible, pues es un período nuevo en la evolución de la Vida Religiosa; todo ello provocado por la interacción del contexto externo y del dinamismo interno que la ha llevado a una opción por los pobres; es conveniente hacer notar que lo que está en juego en el problema de fidelidad e identidad es la experiencia de la auténtica tradición cristiana, la verdadera continuidad que sólo es posible como experiencia del Espíritu de Jesús, ya que la tradición viva sólo se conserva al ser recreada en los caminos de la historia.

Es importante vivir la transición necesariamente dolorosa y contradictoria en la serenidad del Espíritu, relacionando la visión tradicional numéricamente preponderante y las nuevas formas de radicalidad evangélica, cualitativamente mucho más significativas, como no-

mentos dialécticos en un proceso en el que la sumisión al Espíritu de Jesús, impide que cada una de ellas se absolutice y se cierre en sí misma.

NOTAS

- 1) COLECCION CLAR. La vida según el Espíritu, 1973. Bogotá, Paulinas, p. 41.
- 2) DOCUMENTO PUEBLA 898, 1.2. 1979, Madrid, p. 281.
- 3) DOCUMENTO PUEBLA, 15, 16, 1979. Madrid, p. 30.
- 4) DOCUMENTO PUEBLA. 562, 1979. Madrid, p. 190.
- 5) DOCUMENTO PUEBLA. Nos. 148, 149, 502, 503, 1979. Madrid, página 79.
- 6) DOCUMENTO PUEBLA Nº 428, 1979. Madrid, p. 171.
- 7) DOCUMENTO PUEBLA Nº 511, 1979. Madrid, p. 190.